



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.^o—NÚMERO 25.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada —1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

Himno á Dios, por D. Francisco Jimenez Campaña.—Una herencia de llanto, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Á la Virgen, poesia por D. Emilio Serrano Garcia.—Solo un Dios y solo un culto, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades.

HIMNO Á DIOS.

Contra soberbia, humildad.

I.

¡Señor, Señor nuestro! ¡Cuán maravilloso es tu nombre sobre toda la tierra! Cuentan los orbes tu gloria, y como la tierra y el cielo se levantan, declarando tu sabiduría. Todo camina hacia el fin que le señalas, bendiciendo tu diestra creadora. Los astros que brillan en el firmamento, esmaltando sus bóvedas de zafir, y gravitando sobre nuestras frentes con una incomparable armonía, aguardan que el término de su carrera se cumpla, para desaparecer tranquilos, enviándote primero un himno sublime y misterioso, que escucha el alma en medio del silencio solemne de la creacion.

Agitanse los mares, cual si fueran movidos

por una mano invisible, y ora sus ondas se amotinan, ora se aduerman sobre la playa, há siglos que vienen cantándote ¡oh Dios mio! la epopeya de tu omnipotencia y de tu sabiduría. Baja del monte el torrente fertilizando los valles, que le besan al cruzar; se mece el viento en las florestas, para dar lengua á los árboles con que puedan bendecirte; ruje el león en las selvas para hacer mas sublime la majestad de estos lugares, llenos de sombra; expárese la violeta su delicado aroma, escondiéndose entre las flores; y escondido entre las flores murmura el arroyuelo; sin duda porque se atreven á retratar tu imagen. ¡Oh Señor! que te ocultas detrás de lo que creas; el mundo sin inteligencia camina rectamente hacia su fin, con ser tan pequeño respecto al fin divino de la humana creacion. Pero ¿y la humana creacion? ¡Ay! se ha olvidado de que su fin eres Tú, ¡oh Dios mio! y anda entretenida formando *dioses* á su voluntad, que está ansiosa de placeres. Olvidado se ha de que Tú la formaste del cieno de la tierra, y que de Tu aliento recibió el espíritu que le dá vida, y se ha levantado en son de rebeldia, negando Tu divinidad y proclamándose *diosa* sobre la tierra.

II.

Non serviam! dijo Luzbel al contemplarse el mas bello de los espíritus que rodean Tu trono. *Non serviam!* venid conmigo, los ángeles del cielo: aprestaos para luchar con los espíritus guerreros que rodean el trono del Altísimo, porque hasta él quiero subir y sentarme en su silla, para ser el rey de la gloria; daros mas poder que el que Jehová os concede, y para ver rodar bajo mi firme planta los mundos infinitos que llenan de luz los espacios. Yo quiero que me adoren todas las criaturas, yo quiero cruzar la inmensidad en un carro de fuego, y ver á los astros oscilar de puro respeto á mi presencia. Venid conmigo, espíritus de luz; venid á la pelea, que yo os daré, despues de la victoria, diademas para que os coroneis y regiones de felicidad en donde seais los reyes. *Non serviam!* repetia Luzbel, y su ronca voz retumbaba en los espacios, como la voz del trueno en las cuencas de las montañas. Y Tú, ¡oh Señor! humillaste su orgullo, arrojándolo del cielo y lanzándolo con sus huestes ominosas á las profundidades del abismo, donde se agita eternamente con inútil furor, y trabaja por romper los muros de su encierro, allí levantados por la omnipotente mano de Tu justicia.

III.

Y aquel grito de rebeldia en mala hora sonó, repetido por nuestros primeros padres enmedio de las delicias del paraíso. *Seremos como dioses!* dijeron ellos, y se hicieron prevaricadores, traspasando la santa ley, dictada por Tus mismos labios divinos. *No seremos esclavos!* dijeron los corrompidos hijos de Cain y de Seth, á quienes sumergió tu ira en las aguas del diluvio, cuando servian á sus pasiones, levantando bandera en contra de tus preceptos celestiales. Llegaremos al cielo con nuestras manos, exclamaron los hijos de Cain y de Jafet y osaron levantar una torre en que Tú los confundiste, que se perdiese entre las nubes, y con su cúpula tocase el asiento de Tu divinidad. *Seremos como dioses!* han exclamado siempre los hijos de los hombres, cuando con sus costumbres depravadas se asemejaban á las fieras y á los brutos, y este grito de rebellion ha venido repitiéndose de siglo en siglo por bocas altaneras, en Nínive, en Babilonia, en Tebas, en Atenas, en Jerusalem, en Cartago, en Macedonia, en Roma, á orillas del Rhin, en la ciudad del Sena, en las riberas del Támesis, al compás del estruendo de la catarata del Niágara y á la sombra gigante del Himalaya; que allí

¡oh Dios mio! donde el hombre debiera humillarse mas ante las obras grandiosas de tu diestra, es donde con mas altivez ha levantado la frente impia para negar Tu omnipotencia.

IV.

Pueblan los aires gritos de blasfemias como los de Proudhon, risas satánicas como las de Voltaire y cantos de ensueños febriles como los de Rousseau; el mundo está loco por la soberbia y todos y cada uno de los hombres son vanos Nabucodonosores, que mandan adorar á los demás la estatua colosal de su soberbia. Y sobre estos gritos de altivez y de arrogancia, se deja escuchar blandamente, como canto de aves que exhalan sus quejas al borde de un torrente, Tu voz augusta que habla con acento de celestial armonia á los orgullosos de la tierra: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón;* «yo soy el rey de la gloria y he nacido en un establo; de mi dedo está pendiente la redondez de la tierra, y pueblo el aire de pintadas aves, y visto con flores los pensiles, y estoy enclavado en una Cruz, desnudo, predicándoos humildad y muriendo para daros vida.» Y los hijos de la tierra escuchan su voz, y el fausto concluye en la casa de los grandes, y caen por tierra las estatuas de los emperadores, como símbolo de soberbia, y el que comia reclinado en elegante triclinium, coronadas de pámpanos las sienes, fué á buscar una piedra en el desierto para sus rodillas y agua y yerba silvestre para su boca; y el que cerraba sus párpados al son de músicas deleitables, y entre holandas y plumas se entregaba al ocio, fué á buscar una gruta en la montaña, á cuyo alrededor hizo fructífero, con el sudor de su frente, el terreno inculto y árido, y en cuya entrada alababa á Dios al compás del torrente y el rugido del leon y la pantera.

V.

Y otra vez hierven los mares, levantando montañas de agua; densas nubes preñadas de tormenta suben, oscureciendo el horizonte; y de olas rugiendo azotada, camina, zozobrando al parecer, entre las ondas, la barquilla del humilde pescador; suspiros y plegarias salen de su fondo, que se confunden con el ronco son del trueno, y clara y potente se escucha por los aires Tu voz ¡oh Dios mio! que dice á la humanidad: *Yo perderé en la tierra la memoria de los soberbios, y haré que permanezca la memoria de los humildes de pensamiento.*

Francisco Jimenez Campaña.

UNA HERENCIA DE XLANTO.

Novela original.

(Continuacion).

La jóven no pudo continuar; Martin, distraído por un momento, habia vuelto á incorporarse en la cama, y se empeñaba de nuevo en dirigirse á donde su delirio le impulsaba.

—Vamos, padre mio, por piedad no se mueva V.; está V. enfermo.... enfermo: yo no tengo fuerzas para sostenerle y caerá V. al primer paso.

—¡Quita! balbuceó el guarda-bosque, quita; y trató de separar bruscamente á su hija.

Con aquel movimiento inesperado, y con el esfuerzo que tuvo que hacer, Andrea sintió caer un objeto al suelo y se bajó para cogerlo.

Era la cajita que Armando la habia entregado pocas horas antes para que la pusiese en manos de Adriana.

—¿Qué es eso? gritó Martin, cuya brillante mirada habia seguido el movimiento de la jóven: ¿qué es eso? ¿me has robado mi oro quizá?

—¡Oh! no, no es eso, exclamó Andrea intentando calmar á su padre: no es eso: mira V.

Y abrió la caja sin pensar casi en lo que hacia.

Un grito salvaje se escapó de los labios de Martin, que se hizo atrás bruscamente, llevando ambas manos á su frente.

En la exaltacion de espíritu en que se encontraba, ningun objeto hubiera podido impresionarle tan vivamente como la vista de aquella sortija.

—¡Oh! exclamó al fin con ronco acento; ¿quién te ha dado ese anillo? ¿vas á llevárselo al conde, al conde á quien yo maté, ó al hombre que me pagó para que le arrancase de su mano despues de arrancarle la vida? Fuensanta... Enriquez... ¿cuál de los dos, cuál de los dos viene á perseguirme, á delatarme: cuál de los dos?

—Ninguno, padre, ninguno; cálmese V. y no grite de ese modo: pudieran oírle, pudieran venir....

Y Andrea, en su angustia, miraba en torno con terror, y se retorcia las manos desesperada.

—¿Y quién ha de venir? ¿no estamos acaso en la Cruz del bosque? los cazadores se han ido y ninguno llegará por este lado, porque la jauría y las trompas suenan por allí, lejos, lejos....

—¡Oh! vuelva V. en sí: no estamos en el bosque, no; estamos en nuestra humilde vivienda, en nuestra tranquila habitacion, en la quinta de nuestro buen amo D. Diego, que tanto le quiere

V. y que ningun mal ha de causarle.

—¿En la quinta de D. Diego? ¿del Sr. de Avendaño, sobre quien han recaído las sospechas: Avendaño, sí, ya recuerdo; Enriquez pasaba en la quinta por Avendaño: Avendaño.... la condesa creía que era él quien la perseguía, quien la amaba, y yo no quise nunca destruir este error, porque así mi impunidad era mas segura, y mas difícil que Enriquez fuera perseguido.

Andrea dió un grito.

Todo lo comprendió entonces.

La luz de la verdad brilló clara ante sus ojos.

El padre de Adriana era inocente del crimen de que Emma le acusaba, y la jóven podia ser feliz porque nada la separaba de Armando.

Aquel secreto tan ansiosamente buscado, acababa de serle revelado de una manera providencial.

El corazon de Andrea se dilató por un instante, y dijo, olvidando cuanto la rodeaba, y dirigiéndose á su padre,

—¿Y las pruebas, las pruebas de cuanto acaba V. de decir, dónde están, dónde están?

—Las pruebas.... ¡Oh! eso no lo diré nunca: jamás referiré á nadie que tengo una carta de Enriquez, una carta que guardo siempre en el relicario que llevo al cuello, y que en todo caso me serviría para tenerle sujeto, para obligarle á defenderme si alguien llegara á acusarme, y para sacarle siempre mas dinero.

Martin, rendido y jadeante, se dejó caer en la cama llevando las manos á su pecho para cubrir el relicario, y ocultarle, segun decia, de la vista de todos.

Andrea le tapó con las descompuestas ropas del lecho.

Por largo tiempo siguió desvariando, gritando unas veces, aterrado otras; hasta que al fin el delirio empezó á ceder, y fué cayendo poco á poco en el estado de postracion que sigue á todo violento acceso.

Andrea tambien reposó un momento de aquella lucha superior á sus fuerzas.

La noche habia sido terrible y espantosa.

Pero aun le quedaba una cosa que hacer:

Convencerse de la verdad de las frases que habian salido de la boca de su padre.

Para ello, solo tenia que separar de su cuello aquel precioso relicario y examinarle con cuidado.

Esto le fué muy fácil.

La postracion de Martin era profunda en demasia, para que pudiera impedirlo.

Con mano ligera introdujo sus dedos por bajo de la almohada, cortó el cordon, y tirando suavemente, el objeto anhelado se halló en su poder.

Le abrió con rapidéz y halló que en su fondo había efectivamente un papel.

Andrea cayó de rodillas presa de una emoción singular.

Tenia en su mano la dicha de su bienhecho-
ra; pero ¡ay! tenía también la perdición de su padre.

La primera luz del alba empezaba á penetrar por entre las maderas de su ventana.

Ya era tiempo.

La pobre niña no podía resistir las terribles emociones de aquella noche cruel.

El día tocaba á su fin.

En el ancho comedor de la casa de Avendaño, y sentada al calor de una alegre chimenea, se halla la anciana ciega madre de Adriana, y ésta también colocada á sus piés.

En la frente de la jóven, pálida como la hoja de la azucena, se veía una nube de tristeza, que hubiera hecho estremecer á doña María, si por un instante sus ojos hubieran recobrado la luz que Dios había velado en ellos.

Adriana leía un libro de oraciones, que la anciana escuchaba con religioso recogimiento.

Cuando en aquellas piadosas páginas la jóven encontraba el nombre de la pura Virgen María, consuelo de los desgraciados, su voz era mas pausada, notándose en ella una inflexión de angustiosa súplica.

Y era que mientras leía, su pensamiento estaba lejos, muy lejos de allí: fijo quizá en el hombre que amaba, y si no sus labios, su alma elevaba una súplica por él á la madre piadosa de los desamparados.

De pronto la puerta del comedor se abrió y D. Diego apareció en ella, saludando con ternura á su esposa y á su hija.

—¿Eres tú, Diego? exclamó la anciana; bienvenido, ya te esperaba con impaciencia, pues hemos pasado la tarde solas Adriana y yo, y temía....

—¿Y por qué ese temor?

—Rafael no ha vuelto desde esta mañana.

—No es extraño: la noche no ha cerrado aun y el monte está lejos.

—Á pesar de todo, yo tiemblo por él: la caza tiene mil peligros que me hacen estremecer.

—Y quizá esos peligros le dan mayor atractivo para la juventud, que es atrevida y emprendedora; pero nada temas; Rafael es diestro, y además no vá solo; le acompañan algunos criados y vá también con él su amigo Carlos.

—¿Carlos no mas? ¿luego nuestro huésped no ha vuelto?

Adriana se estremeció: un subido carmin co-

loreó sus mejillas, pero sus labios no se despegaron.

—No ha vuelto, y es extraño; respondió don Diego. Pedir hospitalidad por una noche; pasarla con nosotros servido y festejado: recibir las mas cordiales muestras de simpatía y amistad, y desaparecer de pronto, sin despedirse, sin dar una explicación de su partida, es una conducta que no me sé explicar, y que podría dar lugar á mil desfavorables suposiciones sobre la venida de ese hombre á nuestra casa.

—¡Oh! no, padre mio, no penseis nada indigno de él; exclamó Adriana por un impulso irresistible del alma, y sin pensar siquiera en lo que decía.

—¿Acaso le conoces tú? preguntó don Diego admirado.

—Yo.... no, no señor; pero supongo.... su aspecto, su mirada....

—Las apariencias suelen engañar, Adriana, y su conducta no ha sido digna ni noble.

—¿Y quién sabe los motivos que acaso le han obligado á obrar así?

—Ningunos serian suficientes á reivindicarle, y si no, mira: oigo la voz de tu hermano que llega con Carlos; pregunta y ellos te dirán....

Efectivamente, los dos jóvenes aparecieron á la entrada de la estancia, y adelantaron hácia el sitio que ocupaban sus padres y su hermana, despues de dejar en manos de los criados los pertrechos de caza de ambos.

—¿De qué se trata? dijo Rafael que había escuchado las últimas palabras de D. Diego.

—De convencer á tu hermana, que intenta disculpar casi la conducta de ese desconocido, á quien dimos lecho y abrigo por una noche.

—¿Mi hermana le defiende? preguntó Rafael, fijando en la jóven una mirada escrutadora.

—Yo.... ¿quién ha dicho....? respondió Adriana con voz balbuciente.

—¡Alejarse sin decir nada! murmuró doña María.

—Tal vez un deber imperioso le separase de estos sitios; replicó tímidamente la jóven sin atreverse á alzar los ojos.

—Ese hombre no ha partido de aquí! respondió Rafael con voz sombría.

—¿Cómo! dijeron á un tiempo Avendaño y doña María.

—¡No ha partido! murmuró Adriana con acento indefinible.

—¡Por desgracia! dijo Carlos de una manera impremeditada.

Rafael se volvió rápidamente á su amigo, haciendo un gesto de contrariedad, que no pasó desapercibido para Adriana.

—¿Por desgracia? preguntó don Diego dirigiéndose á Carlos; espíque V....

—¡Bah! dijo con rapidez Rafael; Carlos dá mucha importancia á cosas que no la merecen.

—¿Pero cómo sabes que nuestro huésped aun está aquí?

—Le hallamos esta mañana en el bosque y cruzamos con él algunas palabras.

El acento que Rafael daba á sus frases era demasiado ligero para que aquella indiferencia fuese sincera.

D. Diego y Adriana lo notaron tal vez, porque le miraron con extrañeza, sobre todo esta última, cuyo corazón presentía una desgracia.

—Luego ¿hablaste con él? preguntó el anciano de nuevo.

—Un solo instante.

—¿Y no te dijo...?

—Casi nada.

—¿Le preguntaste tú el motivo de haber salido de aquí sin despedirse, de no haber vuelto?

—No, no quise.... respondió Rafael visiblemente contrariado.

—Hiciste mal; debió dar una explicación.

—¡Oh! él la dará; replicó el joven con violencia.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada; pero hemos quedado en vernos, quizá mañana.... quizá otro día... y entonces.... pero es tarde y estoy cansado: voy á mi cuarto un instante; ¿me acompañas, Carlos?

—Sí: dijo este disponiéndose á seguir á su amigo.

—¿No cenarás con nosotros? interrogó doña María.

—¡Oh! sí: respondió Rafael con una alegría fingida: ¿quién pierde el apetito despues de un día de caza? que nos avisen cuando la cena esté servida.

Y ambos salieron de la habitación dirigiéndose á la estancia de Rafael.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á LA VIRGEN.

Composicion premiada con *menção honorífica* en el certamen extraordinario celebrado en honor de Nuestra Señora de la Fuensanta, el día 9 de Setiembre de 1876 por la institucion de los **Juegos Florales** de Murcia.

Madre de Dios, perdona si su canto

Se atreve á dedicar el alma mia,

Al tesoro mas grande, puro y santo

Que la mano de Dios formar podía;

Yo no tuviera tan acerbo llanto
Si mi lira sonara cual debía,
Pero, aunque ruda, destemplada y rota
Para tí sonará la mejor nota.

Yo quisiera reunir las celestiales
Y sublimes regiones en que habitas,
Y mostrar tu grandeza á los mortales
Cantando tus riquezas infinitas;
Las músicas y coros terrenales
No te pueden cantar cual necesitas,
Que la impureza del impuro suelo
Si levanta la voz, ofende al cielo.

Arca del porvenir, mística rosa,
Esencia del amor de los amores,
De las gracias de Dios la mas hermosa,
Mas pura que el aroma de las flores;
Grandeza incomprensible y misteriosa,
Iris de paz, con cuyos cien colores
Los ángeles dibujan cada día,
El purísimo nombre de MARÍA.

El régio trono de flotantes nubes
En que se apoya tu divina planta.
Volando, lo sostienen los querubes
Que admiran tu poder, y les encanta.
Cuando del mundo hácia el Empireo subes
Del hombre redimido el alma santa;
Pero aun mas grande que tu grande alteza
Es tu divino amor y tu pureza.

De los cielos y tierra eres señora,
Estrella que anunciando la mañana
Eclipsas la pureza de la aurora
Que el manto de los cielos engalana;
Só, Madre del Señor, la protectora
De todo el orbe, en que la fé cristiana,
Por levantar á tu pureza altares
Atraviesa el peligro de los mares.

Yo te adoro con fé pura y sencilla,
Con mas fé que mi madre en su regazo,
Un ósculo imprimiendo en la mejilla
Me daba cariñosa, ardiente abrazo.
Cuántas veces ¡oh Virgen sin mancilla!
Mi madre sujetó con tierno lazo,
En mi pecho el hermoso escapulario
Con tu Imágen divina en el Calvario.

Cuántas veces mi madre me decía
Con su voz regalándome el oído:
«¿Cuando nazca la luz del nuevo día,
Da gracias al Señor, hijo querido,
Rezando á la pureza de MARÍA!»
Y yo, Madre de Dios, que nunca olvido

El consejo de aquella noble anciana,
Te rezo cuando nace la mañana.

Y el cielo me parece que es mas puro,
Que es mas grato el aroma que respiro,
Encontrando en la fé medio seguro
De que llegue á tus plantas mi suspiro;
Y allá en el horizonte, me figuro
Que un rayo de tu amor constante miro,
Concediendo la paz, la dulce calma
Que alegra el corazon y llena el alma.

Y aunque al mundo mi fé no bien le cuadre,
Doblando la rodilla y la cabeza,
Recuerdo las palabras de mi madre:
«Cuando nazca la aurora, siempre reza
Á la Madre de un Dios, de todos Padre,
Y admira sin igual tanta pureza.»
Y con fé, desterrando los agravios
Oraciones de amor brotan mis labios.

Tú mitigas la pena del que llora
Arrepentido al pié de tus altares:
Tú que amparas al alma pecadora
Remediando el dolor y los pesares,
No desoigas la voz del que te implora
Con humildes, ternísimos cantares,
Que protejas á España, Madre mia,
Que tu nombre y tu amor lleva por guía.

Emilio Serrano García.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

«Ahora bien, dime ¿qué puedo hacer? ¿qué partido puedo adoptar? Ya ves que ninguno y que es forzoso seguir adelante y obedecer á la fatalidad.»

«¡Ay de mí! solo con un mar de lágrimas pude responder á mi esposo.

«Mi situacion era horrible, y no sabia qué partido adoptar: temia perderle, y á mi vez me sentia dominada por Williams, y aterrada ante aquella influencia fatal que ejercia sobre Héctor.

«Éste por su parte, exasperado por los recuerdos que acababa de evocar, estremecido ante la idea de su ignorado crimen, me apremiaba cada vez mas, y cada vez se creia mas obligado á llevarme consigo.

«¡Oh! sin duda Wamprey tenia gran empeño en que yo tambien perteneciese á su secta, pues

»se aprovechaba bien de su influencia para lograrlo.

«Ya habia amenazado á Héctor dos ó tres veces con una denuncia si no lo conseguia, y este se hallaba resuelto á llevarme consigo aunque para ello tuviese que emplear la fuerza.

«En vano, pues, me resistí.

«El peligro de Héctor por un lado, por otro mi hija, de la cual me iba el á separar si no le obedecia, todo me hostigó, me obligó todo, y al fin, ¡ay de mí! medio loca, medio desesperada salí con él de mi casa.

«Era de noche.

«Envuelta en un manto y recatándome el rostro, crucé algunas calles y llegamos por fin á la capilla.

«¿Qué es lo que yo ví allí? ¿qué es lo que oí? En vano podria explicármelo.

«Pero á la verdad, no encontré nada que elevara el espíritu ni que hablase al alma, de esperanzas, de grandezas divinas, de consuelos celestiales.

«Como una autómatas permanecí acurrucada en un rincon, oyendo una lectura monótona y pesada, y escuchando unas frases en que no sonaba dulce, purísimo, inmaculado, el nombre de la Madre de Dios, guia del pecador y amparo del afligido.

«Cuando salimos, mi esposo me dió su brazo para que me apoyase en él, pues si no hubiese sido así, acaso mis piernas se hubieran negado á sostenerme.

«Pero ¡ay de mí! lo que yo temia se realizó por desgracia.

«Al pisar el dintel de aquella puerta, mi padre, mi pobre padre, estaba allí.

«Acaso sabia la conducta de Héctor, asistente asiduo de la capilla, y acudia á aquel sitio para convencerse de que yo no lo acompañaba nunca, y de que no habia perdido mi fé ni mi creencia.

«¡Oh! nuestro encuentro aquella noche fué una casualidad bien desgraciada!

«Todas mis esperanzas de conseguir algun dia una reconciliacion entre mi padre y Héctor, se extinguieron completamente, y comprendí que no solo para él sino para mí se habian cerrado para siempre las puertas de la casa en que habia pasado mi infancia.

«Mi padre, al verme, debió sufrir un golpe mortal, una profunda herida en el alma, que jamás se ha podido cerrar, porque ni ha consentido en volverme á ver ni me ha perdonado jamás.

«¡Sin duda me ha creido muy culpable, cuando he sido tan solo muy infeliz!

«La vida, desde aquel día, me ha sido odiosa, y si no puse fin á ella, era porque en el fondo de mi alma se alzaba una voz repitiéndome á cada paso que el suicidio es un crimen, que no tiene perdon porque no puede tener expiación! además era madre, y ¿qué madre rompe el hilo de su existencia, si Dios le ha confiado la santa misión de velar por sus hijos? ¡Oh! desde que el pasado de mi esposo no fué un secreto para mí; desde que su porvenir y el mío estuvieran á merced de Williams Wamprey, mi hija, mi tierna Elena, fué el ángel que me escudó y el único lazo que me ligó á la vida.

«Mi solo anhelo fué ya preservarla de esos tormentos del corazón, en que la felicidad y la paz naufragaban; también ¡ay de mí! quería librarla del infortunio de aprender á pensar como su padre.

«Pobre hija de mi alma! ¿tendrá ella la desgracia de sufrir el extravío de aquel corazón y de aquel pensamiento, fríos, incrédulos y apagados? ¿El hombre que casi había matado de dolor á su madre con su apostasía; el que amargaba la existencia de una esposa que todo lo había sacrificado á su amor, ejercería también su fatal influencia sobre aquella inocente niña?

«Esta idea me desgarraba el alma.

«Si yo enseñaba á mi hija mis santas creencias, las puras doctrinas que yo abrigaba, temía que enseñarla al par á desconfiar y á rechazar las palabras de su padre; y cuando la razón alumbrara su mente, cuando pudiera comprender que ambos seguíamos distinto camino, ¿que le respondería si me preguntase cuál de los dos tenía razón?

«Débil, turbada por mi posición escepcional, cerré los ojos, puse mi suerte en manos de Dios y por todas armas para aquella terrible lucha, solo tuve el llanto y la oración.

«¡Oh! esto no era bastante.

«Hay circunstancias en la vida en que la mujer, y sobre todo, la madre, debe ser fuerte, debe saber vencer y dominar las tempestades, las borrascas y los escollos que mire en torno, y si siente sus pies heridos por los abrojos del camino, debe saber llegar al fin con el alma pura, aunque desgarrada; con la conciencia tranquila, aunque con la ventura perdida!

«Yo debí huir, yo debí alejarme para siempre de aquel hombre, y romper los lazos que me ligaban á él; pero no, yo no debía abandonarle... yo no debía dejar que se perdiera para siempre en la senda del mal! yo.... ¡ay de mí! ni sabía, ni aun sé lo que debí hacer!

«Una vez y otra vez cedí á las exigencias de

«Héctor, y le acompañé siempre que me ordenó que le siguiera.

«Williams no le dejaba casi nunca.

«Había vuelto á recobrar su ascendiente sobre él, y le separaba cada vez mas de mi lado.

«La tristeza y las lágrimas, marchitaron mi rostro; la pena y la continua contrariedad amargaron mi carácter, y Héctor debió encontrar en mí una compañera molesta, en vez de una mujer agradable y amante.

«Mi dolor era para él un continuo reproche; mi desgracia, un remordimiento, y así el amor se tornó en frialdad, y la unión dichosa se trocó en yugo molesto.

«Wamprey se lo hizo notar, y para librarle según decía, de la tortura que yo le causaba, volvió á lanzarlo al desorden y al torbellino del mundo.

«Juntos pasaban los días, juntos también parte de las noches, y á la locura siguió la orgía, y á la orgía siguió el juego.

«En este nuevo abismo se lanzó con un afán incalculable!

«Perdió sumas considerables que Wamprey le facilitó: contrajo deudas, y para pagarlas fué necesario recurrir de nuevo al dinero, maldito precio de su apostasía.

«¡Oh! con qué afán trabajó entonces en pro de la causa protestante! con qué fervor propagó sus doctrinas! con qué calor defendió sus prácticas!

«Entonces, lo confieso, por la primera vez de mi vida apareció despreciable á mis ojos; entonces aquel amor tan inmenso que había causado mi infortunio, empezó á avergonzarme por lo indigno del objeto en que le había colocado.

«¿Cuán pequeño consideré á aquel hombre que descreído, sin fé ni entusiasmo por una idea, la difundía con mayor empeño cuanto mayor era el pago que recibía por hacerlo, y cuanto mas con aquel pago podía entregarse á los vicios ó á los placeres.

«¡Oh cuán poco grande me pareció también una religión que tiene que comprar á tal precio semejantes apóstoles! porque no es Héctor solo, no, quien comercia con su conciencia; no es Héctor tan solo, no, quien vende su inteligencia al que mejor se la paga; no es Héctor tan solo, no, quien vive y prospera de la apostasía!

«A pesar de los esfuerzos de mi esposo, no bastaban las cantidades que recibía para satisfacer el nuevo afán que le agitaba.

«El juego es un monstruo de cien cabezas que puede devorar en un día cien fortunas por grandes que sean: es una sed mas abrasadora á

»medida que se bebe mas: es una hidropea del espíritu que no se sácia nunca de aquello mismo que le mata.

»Todo cuanto tenia se consumió en aquella fatal hoguera que solo dejaba pavesas.

»Por aquel tiempo llegó á Madrid un rico inglés acompañado de su única hija Miss Alicia Walton.

»Venian recomendados á Wamprey, por sus jefes de Inglaterra, y él, al presentarse á ellos, llevó consigo á mi esposo.

»Ambos fueron recibidos de una manera afectuosa por el frío y ceremonioso anciano, que miraba en ellos dos esperanzas para la causa protestante.

»Con este solo título les concedió su amistad hasta el punto que puede concederla el carácter inglés, calculador y grave por excelencia.

»Williams supo darse tan buena maña que deslumbró á aquel noble anciano, que acaso en su sinceridad y en su rectitud no podia comprender la mentira y el engaño.

»Tambien Héctor apareció á su vista como un joven aristócrata, rico y estimado doquiera.

»Es verdad que mi esposo poseia una figura distinguida y unos modales escogidos.

»Miss Alicia era una niña hermosa y buena, criada con toda la rigidez de la educacion inglesa, y muy fácil, por consiguiente, de interesarse y de engañar, teniendo además el atractivo de un enorme dote.

»Todo esto lo escuché de los labios de Wamprey un dia que hablaba con Héctor, sin sospechar que yo le oia.

»No sé por qué, esta conversacion me inspiró un vago terror.

»Wamprey era un hombre sin corazon: Héctor, por una fatalidad terrible, tenia las manos manchadas en sangre, y ya indudablemente no me amaba. Ambos estaban dominados por el terrible afán del oro, y aquella joven poseia algunos millones.

»¡Oh! ¿quién podia asegurar que la idea de obtenerlos por medio de un enlace, fácil quizá, no cruzase la mente de alguno de los dos, siendo yo el solo obstáculo para ello.

»Esta idea era horrible, infundada acaso; pero se fijó en mi pensamiento de un modo tenaz.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

VARIEDADES.

Lista de los trajes de boda que lleva una novia japonesa en el equipo de su dote, segun relacion de un embajador holandés en China:

Para el primer mes del año un vestido azul bordado de enramados de abeto y bambús. Un vestido verdemar bordado de flores de cerezo, y apiastro para el mes segundo.

Un vestido encarnado claro con ramaje de sauce y cerezo para el mes tercero.

Para el cuarto un vestido color perla bordado con la letra Fohotogizú, que significa cucú, y con ramitas llamadas simo ó islas.

Un vestido amarillo pálido para el quinto mes, bordado de espadillas y de plantas acuáticas que flotan sobre la superficie del agua.

Para el sexto mes un vestido de color de naranja claro, con un bordado que representa canelones de agua y una corriente impetuosa, emblema de la estacion de las lluvias, que dura por lo regular veinte dias y coincide con esta época del año.

Para el mes sétimo un vestido blanco con flores de kikoo, y en el fondo flores blancas de otro matiz, y flores purpúreas en forma de campanillas.

El del mes octavo es de color de fuego sembrado de flores de mimosa.

Para el noveno mes vestido morado con flores de manicaria.

Del color de oliva es el vestido del décimo mes, y sobre este fondo se destaca en bordado un largo camino de tallos de arroz cortados.

Para el mes oncenno un vestido negro bordado con las letras Kori y Tsourara, que significan hielos y témpanos.

Y para el último mes un vestido de púrpura con las letras Kuki y Tjirasi, que significan nieves y escarchas.

EL ANUNCIO DE UNA MUERTE.

Un padre de familia que volvia de un viaje muy largo, no habia sabido que su hija mas joven habia muerto repentinamente, y su pobre mujer no habia podido prepararle ni sabia cómo decirselo; cuando llega, y la primera á quien encuentra es á su hija primogénita, de 15 años, hermosa, pero muda de nacimiento.

Asombrado al verla sola, la pregunta:—¿Dónde está tu hermana? La joven le mira con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Pero dónde está tu hermana? la vuelve de nuevo á preguntar con inquietud.... La niña no podia contestarle.... pero cogió una jaula donde habia una tortolita, le abre la puertezuela, le da libertad, sale volando el animalito, y la pobre muda le sigue con la vista hasta que se perdió en el azul del cielo.

El padre lo comprendió todo y se echó á llorar.

GRANADA:

IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo.